

permite que ésta obre con la rapidez que desearían las partes interesadas; pero á eso de las tres, un comisario de policía, acompañado de unos agentes que calleaban por los bulevares, hacía preguntas á la señora Vauthier sobre sus inquilinos, y la viuda aumentaba, sin saberlo, las sospechas del comisario de policía.

Nepomuceno, que se olió que eran agentes de policía, creyó que iban á prender al anciano, y, como quería á Augusto, corrió al encuentro del señor Bernard, á quien halló en la avenida del Observatorio, diciéndole:

—¡Señor, escápese usted, vienen á prenderle! Los alguaciles estuvieron ayer en su casa y lo embargaron todo. La madre Vauthier, que le tenía á usted escondidos unos papeles timbrados, decía que hoy ó mañana dormiría usted en Clichy. Mire. ¿No ve usted aquellos sotacómitres?

Una mirada bastó al antiguo procurador general para reconocer á los agentes de policía y adivinarlo todo.

—¿Y don Godofredo?

—Se ha marchado para no volver más. La madre Vauthier dice que era un enviado de los enemigos de usted...

Inmediatamente el barón Bourlac tomó la decisión de ir á casa de Barbet, y, como que el antiguo librero vivía en la calle de Sainte-Catherine d'Enfer, llegó á ella en poco más de un cuarto de hora.

—¡Ah! ¿viene usted á buscar su acta de retroventa?, dijo el antiguo librero respondiendo al saludo de su víctima; aquí la tiene usted.

Y, con gran asombro del barón Bourlac, le entregó el acta, que el antiguo procurador general tomó, diciendo:

—No comprendo...

—Pues ¿no ha sido usted el que me ha pagado? dijo el librero.

—¿Le han pagado á usted?

—Su nieto fué á llevar el dinero esta mañana á casa del alguacil.

—¿Es verdad que fueron ayer á embargarme y á prenderme?

—¿De modo que no ha vuelto usted á casa desde hace dos días? preguntó Barbet. Un procurador general me parece que ya tiene motivos para saber lo que son esas cosas.

Al oír esta frase, el barón saludó friamente á Barbet y se encaminó á su casa pensando que los agentes de policía estarían allí á buscar á los autores que vivían en el segundo piso. Iba muy despacio, perdido en tristes reflexiones, y, á medida que andaba, las palabras de Nepomuceno le parecían más oscuras é inexplicables. ¿Sería cierto que Godofredo le había engañado y abandonado? Maquinalmente tomó por la calle de Notre-Dame des Champs, entró por la puercecita, que encontró casualmente abierta, y llamó á Nepomuceno.

—¡Ah señor! ¡venga usted en seguida! ¡Se llevan al señorito Augusto á la cárcel! Le han cogido en el bulevar; á él era al que buscaban; ha sido interrogado...

El anciano saltó como un tigre, se trasladó al bulevar atravesando la casa y el jardín como una flecha, y pudo llegar bastante á tiempo para ver á su nieto que subía á un coche entre tres hombres.

—Augusto, ¿qué quiere decir eso? le dijo.

El joven rompió á llorar y se desmayó.

—Caballero, soy el barón Bourlac, antiguo procurador general, dijo al comisario de policía reconociéndole por su fajín; por favor explíqueme usted lo que es esto.

—Señor, si es usted el barón Bourlac, lo comprenderá usted todo en dos palabras: acabo de interrogar á este joven, y desgraciadamente ha confesado...

—¿Qué?

—Un robo de cuatro mil francos, llevado á cabo en casa del doctor Halpersohn.

—¿Es posible, Augusto?

—Abuelo, le he enviado como prenda su tabaquera de diamantes; quería salvar á usted de la infamia de ir á la cárcel.

—¡Ah desgraciado! ¿qué has hecho? exclamó el barón. Los diamantes son falsos, pues los buenos los he vendido yo hace tres años.

El comisario de policía y su ordenanza se miraron de una manera singular. Aquella mirada, que decía muchas cosas, fué sorprendida por el barón Bourlac, que quedó petrificado.

—Señor comisario, repuso el antiguo procurador general, no tenga usted cuidado, que yo voy ahora mismo á ver al señor procurador del rey; pero puede usted atestiguar el error en que he mantenido á mi nieto y á mi hija. Usted debe cumplir con su deber; pero en nombre de la humanidad, lleve usted á mi nieto á una celda de pago. Yo pasaré por la cárcel... ¿Adónde lo llevan ustedes?

—Pero ¿es usted en realidad el barón Bourlac?

—¡Eh! ¡caballero!...

—Es que el señor procurador del rey, el juez de instrucción y yo, dudamos que gentes como usted y su nieto puedan ser culpables, y, lo mismo que el doctor, hemos creído que algunos bribones hubiesen tomado sus nombres.

Después llamó al barón aparte y le dijo:

—¿Ha estado usted esta mañana en casa del doctor Halpersohn?

—Sí.

—¿Se presentó allí su nieto media hora después que usted?

—Caballero, eso no lo sé, porque llego ahora y no he visto á mi nieto desde ayer.

—Las citaciones que nos ha enseñado y los demás documentos me lo explican todo, y conozco ya la causa

del crimen, repuso el comisario de policía. Caballero, añadió, yo debía detenerle á usted como cómplice de su nieto, pues sus contestaciones confirman los hechos alegados por el que ha presentado la queja; pero sus declaraciones, y las actas y documentos que devuelvo á usted, dijo tendiéndole un paquete de papeles timbrados que llevaba en la mano, prueban que es usted en realidad el barón Bourlac. Sin embargo, dispóngase á comparecer ante el señor Marest, juez de instrucción encargado de este asunto. Dado vuestro antiguo rango y nombre, creo que no debo usar con usted el rigor ordinario. Respecto á su nieto, hablaré con el señor procurador del rey en cuanto llegue, y veremos de tener todas las consideraciones posibles con el nieto de un antiguo primer presidente, víctima del error de un joven. Pero hay queja de la parte interesada, el delincuente confiesa, yo he levantado ya acta y nada puedo hacer. Respecto á la encarcelación, meteremos á su nieto en la Conserjería.

—¡Oh! gracias, caballero, respondió el desgraciado Bourlac.

Y cayó rígido en medio de la nieve, yendo á dar con su cuerpo en una de las zanjas que separaban en aquella época los árboles del bulevar.

El comisario de policía pidió auxilio, y Nepomuceno acudió con la madre Vauthier. Llevaron al anciano á su casa, y la Vauthier rogó al comisario de policía que, al pasar por la calle del Enfer, dijese al doctor Berton que fuese á visitarlo.

—¿Qué tiene mi abuelo? preguntó el pobre Augusto.

—Está loco, amigo mío. ¡He ahí lo que tiene el robar!

Augusto hizo ademán de quererse romper la cabeza; pero los dos agentes lo contuvieron.

—Vamos, joven, calma, dijo el comisario, calma. Ha cometido usted faltas, pero no son irreparables.

—¡Oh! señor, dígame usted á esa mujer que es muy

probable que mi abuelo no haya comido hace ya veinticuatro horas.

—¡Oh! ¡pobre gente! exclamó en voz baja el comisario.

Hizo parar el coche, que se había puesto en marcha ya, y dijo una palabra al oído á su ordenanza, que corrió á hablar con la Vauthier y volvió en seguida.

El señor Berton diagnosticó que el señor Bernard, pues era el único nombre que le conocía, sufría una fiebre sumamente intensa; pero cuando la viuda Vauthier le contó los acontecimientos que motivaban su estado, del modo que acostumbran á contar estas cosas las porteras, juzgó necesario notificar al día siguiente al señor Alain aquella aventura, y el señor Alain escribió cuatro letras con lápiz á don Nicolás.

La víspera de este día, Godofredo, al llegar, había entregado la obra de las notas á don Nicolás, el cual pasó la mayor parte de la noche leyendo el primer tomo de la obra del barón Bourlac.

Al día siguiente por la mañana, la señora de la Chanterie dijo al neófito que, si persistía en su resolución, iba á utilizarle inmediatamente para su obra. Godofredo, iniciado por ella en los secretos financieros de la sociedad, trabajó siete ú ocho horas diarias, durante muchos meses, bajo la dirección de Federico Mongenod, que iba todos los domingos á examinar la labor, y recibió muchos elogios por sus trabajos. Cuando todas las cuentas estuvieron planteadas con claridad, le dijo:

—Es usted una preciosa adquisición para las gentes santas con quienes vive. Ahora, dos ó tres horas diarias bastarán para mantener esta contabilidad al corriente, y el resto del tiempo, si usted sigue aún con la misma vocación que manifestaba hace seis meses, puede ayudarles.

Corría el mes de julio de 1838. Durante todo el tiempo que había transcurrido desde la aventura del

bulevar Mont-Parnasse, Godofredo, ansioso de mostrarse digno de sus amigos, no había hecho ninguna pregunta respecto al barón Bourlac, porque, como no oyese decir nada de él y no encontrase nada en las cuentas que concernían á aquel asunto, consideró el silencio que se guardaba sobre la familia de los dos verdugos de la señora de la Chanterie, ó como una prueba á la que le sometían, ó como una prueba de que los amigos de aquella sublime mujer la habían vengado.

En efecto; dos meses después de su aventura, paseándose, había llegado hasta el bulevar Mont-Parnasse, había visto á la viuda Vauthier y le había pedido noticias de la familia del señor Bernard.

—¿Quién sabe adónde habrán ido á parar esas gentes, don Godofredo? Dos días después de la expedición de usted, porque para mí fué usted, gran pillastrón, el que le quitó el negocio á mi propietario, vino gente que nos desembarazó de aquel viejo gruñón. ¡Bah! en veinticuatro horas se lo llevaron todo, y todo pasó como si no le hubiera visto ni conocido en mi vida. Nadie ha querido decirme ni una palabra. Creo que se ha marchado para Argel con el bandido de su nieto, porque Nepomuceno, que tenía una gran debilidad por aquel ladrón y que no vale mucho más que él, no lo encontró en la Conserjería, y él es el único que sabe dónde están, pues me dejó plantada y se escapó... ¡Eduque usted niños abandonados! Ya ve usted cómo le pagan á una y cómo le dan mil trabajos. Aun no he podido reemplazarle, y como este barrio va ganando mucho y la casa está toda alquilada, tengo mucho trabajo.

Godofredo no hubiera sabido nunca nada sobre el barón Bourlac, á no ser por el desenlace que tuvo esta aventura, á consecuencia de uno de esos encuentros que tienen lugar en París.

En el mes de septiembre, Godofredo bajaba por la gran avenida de los Campos Elíseos, y, al pasar por

delante de la calle de Marbeuf, se acordó del doctor Halpersohn, y se dijo:

—Debía de ir á verle, para saber si curó á la hija de Bourlac. ¡Qué voz! ¡qué talento tenía!... ¡Quería consagrarse á Dios!

Llegado á la plazoleta, Godofredo la atravesó á toda prisa á causa de los coches que bajaban con rapidez, y chocó con un joven que daba el brazo á una señora.

—¡Caramba! ¡tenga usted cuidado! exclamó el joven. ¿Está usted ciego?

—¡Cómo! ¿es usted! respondió Godofredo, reconociendo en aquel joven á Augusto de Mergi.

Augusto iba tan elegante, tan guapo, tan estirado, dando el brazo á aquella mujer, que, á no ser por los recuerdos que ocupaban la mente de Godofredo, éste no lo hubiera reconocido.

—¡Toma! ¡si es nuestro querido don Godofredo! dijo la dama.

Al oír las notas celestes de la encantadora voz de Vanda, que andaba, Godofredo quedó en el sitio como si lo hubieran clavado.

—¡Curada! exclamó.

—Hace quince días que me permite andar, respondió ella.

—¿Halpersohn?

—Sí. Y ¿cómo no ha venido usted á vernos? le preguntó. ¡Oh! ha hecho usted bien. Me han cortado los cabellos hace ocho días, y los que usted me ve son postizos; pero el doctor me ha jurado que volverá á salirme el pelo... Pero ¡cuántas cosas tenemos que decirnos!... Venga usted á comer con nosotros... ¡Oh! ¡su acordeón!... ¡oh! ¡caballero!...

Y se llevó el pañuelo á los ojos.

—¡Lo conservaré toda mi vida! Mi hijo lo conservará como una reliquia. Mi padre le ha buscado á usted por todo París, y á sus desconocidos bienhechores. ¡Oh! se morirá de pesar si no le ayuda usted

á encontrarlos. Está dominado por una negra melancolía que, pocos días ha, logró ya casi vencerle

Tan seducido por la voz de aquella encantadora mujer sacada de la tumba, como por su fascinadora curiosidad, Godofredo tomó el brazo que le tendió la baronesa de Mergi, la cual dejó que su hijo fuese delante á hacer un encargo que éste había entendido con un solo movimiento de cabeza.

—No le llevo á usted muy lejos, porque vivimos en el paseo de Antín, en una bonita casa construída á la inglesa. La ocupamos toda entera, y cada uno de nosotros tiene un piso. ¡Oh! estamos muy bien. ¡Mi padre cree que usted ha contribuído con mucho á las felicidades que nos rodean!...

—¡Yo!

—¿No sabe usted que, gracias á un informe del ministro de Instrucción pública, han creado para él una cátedra de legislación comparada, en la Sorbona? Mi padre empezará el primer curso en el mes de noviembre próximo. La gran obra en que trabajaba aparecerá dentro de un mes, pues la casa Cavalier la publica repartiendo los beneficios con mi padre, y le ha entregado ya á cuenta de su parte treinta mil francos. Mi padre va á comprar la casa en que vivimos. El ministerio de Justicia me señala una pensión de mil doscientos francos como hija de un antiguo magistrado, y mi padre tiene mil escudos por el retiro y cinco mil francos como profesor. Somos tan económicos, que seremos casi ricos. Augusto va á empezar la carrera de leyes dentro de dos meses; pero está empleado en la Audiencia y gana mil doscientos francos. ¡Ah! don Godofredo, no me hable usted del desgraciado asunto de mi Augusto. Su abuelo no lo ha perdonado aún, pero yo le bendigo todas las mañanas por aquella acción; sí, su madre le bendice, Halpersohn le adora, y el antiguo procurador general sigue implacable.

—¿Qué asunto? dijo Godofredo.

—¡Ah! ¡en eso reconozco su generosidad! exclamó Vanda. ¡Qué corazón tan noble tiene usted!... Su madre debe estar orgullosa de usted.

Y se detuvo como si hubiese sentido dolores en el corazón.

—Le juro á usted que no sé nada, dijo Godofredo.

—¡Ah! ¿no sabe usted nada?

—No, y si no podemos hablar de ello delante del barón Bourlac, dijo Godofredo, cuénteme usted ahora lo que pasó.

—Creo que le he dicho á usted ya, repuso Vanda, que está empleado en la Audiencia por el procurador general, que le demuestra un gran cariño. No estuvo más que cuarenta y ocho horas en la Conserjería, albergándose en casa del director de la cárcel. El buen doctor, que no encontró la hermosa y sublime carta de Augusto hasta por la noche, retiró su queja, y por intervención de un antiguo presidente de la Audiencia real, á quien mi padre no había visto nunca, el procurador general hizo anular el proceso y la orden de prisión. En fin, que no existe ninguna huella de este proceso más que en mi corazón, en la conciencia de mi hijo y en la cabeza de su abuelo, el cual, desde este día, habla de *usted* á Augusto y lo trata como si fuera un extraño. Ayer mismo, Halpersohn le pedía gracia para su nieto; pero mi padre, que me niega eso á mí, á quien tanto quiere, le respondió: «Usted es el robado, y puede y debe perdonar; pero yo soy responsable del ladrón... y cuando era procurador general no perdonaba nunca.» «Matará usted á su hija», le dijo Halpersohn, á quien yo escuchaba. Mi padre guardó silencio.

—Pero ¿quién les ha socorrido á ustedes?

—Un señor que creemos que estaba encargado por la reina de colmarnos de favores.

—¿Cómo es? preguntó Godofredo.

—Es un hombre alto, seco, solemne y triste como mi padre... El fué el que hizo transportar á mi padre

á la casa en que estamos, cuando sufrió el ataque de fiebre. Figúrese usted que cuando mi padre estuvo restablecido, me sacaron de la casa de salud y me trasladaron aquí, encontrándome en mi cuarto como si no hubiese salido nunca de él. Halpersohn, á quien ese señor alto supo seducir no sé cómo, me contó entonces todo lo que mi padre había sufrido. Me dijo también lo de los diamantes de mi tabaquera: ¡y mi padre y mi hijo sin pan la mayor parte del tiempo, y haciéndose los ricos delante de mí!... ¡Oh! ¡don Godofredo! ¡esos dos seres son unos mártires! ¿Qué puedo yo decir á mi padre? Entre mi hijo y él, yo no puedo hacer más que sufrir por ellos, como ellos han sufrido por mí.

—Y ese señor alto, ¿no tiene así cierto aire militar?

—¡Ah! ¡ah! usted le conoce, gritó Vanda cuando estaban en la puerta de su casa.

Y, cogiendo á Godofredo por la mano con el vigor de una mujer cuando experimenta un ataque de nervios, lo arrastró tras sí á un salón cuya puerta se abrió, y gritó:

—¡Padre mío! don Godofredo conoce á tu bienhechor.

El barón Bourlac, á quien Godofredo vió vestido como debía estarlo un magistrado de eminente rango, se levantó, tendió la mano á Godofredo y le dijo:

—¡Me lo sospechaba!

Godofredo hizo un gesto de negación; pero el procurador general no le dejó tiempo para hablar.

—¡Ah! caballero, dijo continuando, sólo la Providencia es más poderosa, el amor más ingenioso y la maternidad más clarividente que sus amigos de usted, que tienen algo de estas tres grandes divinidades... Bendigo á la casualidad que nos ha proporcionado su encuentro de usted, porque don José desapareció para siempre, y como que se escapó de todos los lazos que yo le tendí para saber su verdadero nombre

y su morada, me moriría de pesar... Tenga usted, lea su carta. Pero ¿le conoce usted?

Godofredo leyó lo siguiente:

«Señor barón Bourlac: Las sumas que, por orden de una dama caritativa, hemos gastado con usted, ascienden á quince mil francos. Tome usted nota, para devolver esa cantidad, ya usted ó ya sus descendientes, cuando la prosperidad de su familia lo permita, pues son bienes de los pobres. Cuando esa restitución sea posible, coloque usted esa suma, de que es usted deudor, en casa de los hermanos Mongenod, banqueros. ¡Que Dios le perdone á usted sus faltas!»

Cinco cruces formaban la misteriosa firma de esta carta, que Godofredo devolvió.

—¡Y están las cinco firmas! dijo hablando consigo mismo.

—¡Ah! señor, dijo el anciano, usted que lo sabe todo y que ha sido el enviado de esa dama misteriosa, dígame su nombre.

—¡Su nombre! exclamó Godofredo, ¡su nombre! ¡Desgraciado! no lo pregunte usted nunca ni quiera saberlo. ¡Ah! señora, dijo Godofredo tomando entre sus temblorosas manos la mano de la señora de Mergí, si quiere usted que su padre no pierda la razón, haga que siga en la ignorancia y que no se permita dar el menor paso.

Un profundo asombro se apoderó del padre, de la hija y de Augusto.

—¿Pues quién es? preguntó Vanda.

—La que ha salvado á su hija, repuso Godofredo mirando al anciano, la que se la ha devuelto joven, fresca, hermosa y reanimada, la que la ha sacado de la tumba, la que le ahorra á usted la infamia de su nieto, la que le ha proporcionado á usted una vejez feliz y honrosa, la que les ha salvado á ustedes tres...

Al llegar aquí se detuvo un momento.

—¡Es una mujer á quien, siendo inocente, mandó usted á presidio por veinte años, exclamó Godofredo dirigiéndose al barón Bourlac; á quien prodigó usted, durante el ejercicio de su ministerio, las más crueles injurias, cuya santidad insultó usted, y á quien acabó usted por arrancar una hija deliciosa, enviándola á sufrir la más espantosa de las muertes, pues fué guillotínada...

Godofredo, al ver que Vanda caía desmayada en un sofá, saltó al corredor, y de éste al paseo de Antín, y empezó á correr cuanto pudo.

—Si quieres tu perdón, dijo el barón Bourlac á su nieto, sigue á ese hombre y averigua dónde vive.

Augusto salió como una flecha.

Al día siguiente, á las ocho y media de la mañana, el barón Bourlac llamaba á la puerta amarilla de la posada de la Chanterie y preguntaba por esta señora al conserje, el cual le mostró la puerta de entrada. Felizmente era la hora del almuerzo, y Godofredo vió al barón en el patio por una de las claraboyas que daban luz á la escalera; no tuvo tiempo más que para bajar, entrar en el salón donde estaban todos los comensales, y gritar:

—¡El barón Bourlac!

Al oír este nombre, la señora de la Chanterie, sostenida por el abate de Veze, se metió en su cuarto.

—¡No entrarás, engendro de Satán! exclamaba Manón, que reconoció al procurador general y que se puso delante de la puerta del salón. ¿Vienes á matar á la señora?

—Vamos, Manón, deje usted pasar á ese caballero, dijo el señor Alain.

Manón se sentó en una silla, como si las dos piernas le hubiesen faltado á la vez.

—Señores, dijo el barón con voz excesivamente conmovida, reconociendo á Godofredo y á don José y saludando á los otros dos, la caridad da derechos á los socorridos.

—Caballero, usted no nos debe nada, dijo el buen Alain, lo debe usted todo á Dios.

—Ustedes son unos santos, tienen ustedes la calma de los santos y me escucharán, dijo el antiguo magistrado. Yo sé que los beneficios sobrehumanos que llueven sobre mí hace diez y ocho meses, son obra de una persona á quien he ofendido gravemente cumpliendo con los deberes de mi cargo; han sido precisos quince años para que yo reconociese su inocencia, y estos son, señores, los únicos remordimientos que tengo del ejercicio de mis funciones. Escúchenme ustedes: me queda poco que vivir, pero perderé esa poca vida tan necesaria aún á mis hijos, salvados por la señora de la Chanterie, si no puedo obtener de ella mi perdón. Señores, permaneceré en el atrio de Notre-Dame de rodillas hasta que ella me haya dicho una palabra... La esperaré allí... Besaré donde ella pise, y tendré lágrimas para enternecerla, yo á quien las torturas de mi hija han secado como si fuese una paja...

La puerta del cuarto de la señora de la Chanterie se abrió, y el abate Veze salió por ella como una sombra, y dijo á don José:

—Esa voz está matando á la señora.

—¡Ah! ¡está ella ahí! ¡pasa ella por aquí! dijo el barón Bourlac.

Y cayó de rodillas, besó el suelo, se deshizo en lágrimas, y, con voz desgarradora, gritó:

—¡En nombre de Jesús, muerto en la cruz, perdóneme usted, perdóneme usted, pues mi hija ha sufrido mil muertes!

El anciano estaba de tal modo agobiado, que los espectadores, conmovidos, le creyeron muerto.

En este momento, la señora de la Chanterie apareció como un espectro en la puerta de su cuarto, en la que se apoyaba desfallecida, y exclamó:

—Por Luis XVI y por María Antonieta, á quienes

veo en el patíbulo, por doña Isabel, por mi hija, por la vuestra, por Jesús, os perdono...

Al oír estas últimas palabras el antiguo procurador levantó los ojos y dijo:

—¡Sólo los ángeles se vengan de ese modo!

Don José y don Nicolás levantaron al barón Bourlac y lo acompañaron hasta el patio; Godofredo fué á buscar un coche, y cuando llegó con él, don Nicolás acompañó al anciano, y una vez que estuvo dentro, le dijo:

—Señor, no venga usted más por aquí, porque mataría también á la madre; pues aunque el poder de Dios es infinito, la naturaleza humana es limitada.

Aquel mismo día, Godofredo fué admitido en la orden de los hermanos de la Consolación.

Wierzchowina-Ukraine, diciembre de 1847.